

Juliana Hermil

MEDITACIONES BREVES

VINOS VIEJOS

LOS artistas de 1830 vivieron la pintoresca contienda entre clásicos y románticos. Enterrada hace un siglo, ¡quién osaría afirmar que todavía rebulle! Despojémosla de su epitafio para investigar qué significado encerraba substancialmente.

Clásicas fueron las tendencias que dieron la primacía a la razón (que es orden, lógica y medida). Románticas, aquéllas que por sobre la arquitectura de la inteligencia, colocaron el desorden, el ímpetu atropellador y la confusión de las pasiones. Racine y Molière, por un lado, y del otro Hugo y Jorge Sand, por ejemplo.

El romanticismo no fué moda que afectara exclusivamente a las artes. Es siempre la filosofía—meditación sobre los problemas totales—la que desde lejos preside los vaivenes de la humanidad. Arrancando de modo paradójal del clasicismo de Kant, ella había evolucionado en los comienzos del siglo XIX hacia el romanticismo de Fichte, Schelling y Hegel. De sus enseñanzas, estaba impregnado el ambiente que respiraba la juventud de 1830.

Sin embargo, Comte y Hugo son contemporáneos. Y el positivismo es el más tozudo homenaje que se

haya rendido jamás a la razón. «Lo que la inteligencia humana no es capaz de comprender, no existe», afirmó, pretendiendo asestar un golpe mortal a las metafísicas de todos los siglos.

Hugo, pese a su versación artística, representa el nivel medio de las gentes no iniciadas en estudios filosóficos. A su lado se preparaba el ariete que iba a derrumbar los muros de su escuela y él no lo sabía. Las tendencias naturalistas y realistas en el arte se derivan de modo lógico del evangelio de Comte.

Acontece hoy fenómeno muy semejante. La filosofía que ha permeado las estratas del vulgo culto es la de Bergson, romántico *à outrance*, puesto que ha pregonado con acopio y lujo de talento la falibilidad de la razón y sus limitaciones frente al impulso vital, que bien considerado no es sino un instinto primigenio. Mas, al frente de los bergsonianos y en completa contradicción con su pensamiento, laboran hoy Spengler, Windelband, Mach, Vaihinger, por no nombrar sino los principales, cuyas teorías son superintelectualizantes.

Y tenemos de nuevo planteado el mismísimo problema. ¡Vinos viejos en odres nuevos! La contienda entre los que hablan de la *Vida*, generalmente de la Nueva Vida—así con letras mayúsculas—, de sus demandas y sus exigencias, y los que intelectualizarían de tal modo la producción artística que la descarnarían de toda envoltura sentimental.

Es tal vez el estudio que más podría apasionar a un esteta el del fenómeno que actualmente contemplamos: la infiltración de dos corrientes perfectamente antinómicas en un mismo período de arte. En el fondo, la repetición del eterno problema: ¿Vivir conforme a la razón? ¿Conforme a los instintos sin los cuales la razón no existiría? ¡Porque, despojado de los instintos fundamentales, el *homo sapiens* perece junto con la razón!